

25467

EL VIEJO VERDE



CRÓNICA MUNDANA

Redacción y administración: Factor, 4, entresuelo. :: Apartado de Correos 515 :: Teléfono 3.951

16 páginas, 5 céntimos
25 ejemplares, 75 cts.

MADRID, 13 SEPTIEMBRE 1914

Se publica los domingos
Año I :: Número 12

¿QUE TAL?



Tres de las muchísimas lectoras bien formadas de que disponemos, que están dispuestas a hacer verdaderas locuras en los bailes de EL VIEJO VERDE.





LA GUERRA

¿POR QUE PARIS?

París es, por el momento, la ciudad cada-
ver.

Ni una mosca vuela por las calles, y las
que pueblan las alturas—si por acaso los
aviadores alemanes tienen mosca—valia
más que no volasen, porque pasan furiosas
y echando bombas...

Las grandes ruas ofrecen un aspecto des-
consolador. M. Viviani ha ordenado que se
arranquen de cuajo las placas que las dan
nombre. "¡No más placas!"—ha exclamado
el presidente—como si se tratase del anun-
cio de un específico cualquiera." Y las pla-
cas del padre Claret, de la Magdalena, de
Lafayette, yacen arrumbadas en un rincón,
allí en la "Maire du quartier"... ¡Como si
al ir a la "Maire" no le estorbasen a uno las
placas!

Esta medida obedece al propósito que
existe de recompensar a cada héroe de la
guerra con que una calle lleve su nombre.
Al héroe de muchas acciones se le concede
rá una avenida, y si no se le consigue la
avenida se le devolverá el dinero equiva-
lente...

Los faroles no se encienden ni a tiros. Y
así, estas lindísimas parisienses se ven obli-
gadas a hacer lo mismo que las gallinas,
esto es: a acostarse al obscurecer en punto.

Algunas, a pesar de la rigurosa obscuri-
dad ambiente, y puestas en su erudición de
gallinas, cacarean al oído de los transeun-
tes mil tonterías propias de corral.

—"Esconte, moi, mon petit..." Y luego
reparando en la cara extranjera del asalta-
do, agregan en el más rancio castellano: "Te
juro que doy un caldo superior..."

Cuando lo de lindísimas es menos verdad
que lo de parisienses, y mucho menos que
lo de gallinas, nosotros solemos contestar-
las que "para su alma el caldo".

A las diez de la noche los escarceos se

suspenden totalmente. Igualmente se les
suspende las funciones a los empresarios de
teatros y "cines", algunos muy rebeldes,
que, al contrario que los que nos gozamos
en Madrid, gritan que a ellos no se la sus-
pende nadie.

No faltan tampoco las heroínas que, no
pudiendo soportar toda una noche en la
cama, han solicitado que las dejen vigilar
las fortalezas de París y las trincheras de
las cinturas.

Estas ciudadanas tricolores lo pasan muy
bien. Conversan con los centinelas y cam-
bian con ellos el santo y seña, a pesar de
que algunas tienen el santo de espaldas...
Otras veces juegan con ellos, disparándoles
menudos guijos y haciéndoles que se cor-
ran a lo largo de las trincheras, agarrán-

UNA COSA URGENTE



El.—¡Lili, no corras tanto; me llevas con la
lengua fuera!

Ella.—No te importe correr un poco ni lle-
var la lengua fuera. ¡Así no tienes más que
llegar y besar el santo!

dose a los asideros por encima de las cinturas.

Y de esta guisa, hasta que Febo ilumina París.

Entonces las agitaciones son de otra índole.

Hombres y mujeres irrumpen en las tiendas de comestibles, en donde sacian sus apetitos respectivos, saliendo luego con la barriga llena a recorrer la capital, cosa que efectúan a las mil maravillas.

Esta gente ahita se burla de los extranjeros que, faltos de recursos, ante la dificultad del cambio, estamos sometidos a las mayores abstinencias.

—Anda, monsieur le roya fleur, proméneti! ¡Ven y ven y ven al sitio de París, y procura no quedarte en el sitio!

—¿Y la bolsa?—inquieren burlonamente otras—. ¿En dónde tenéis la bolsa?

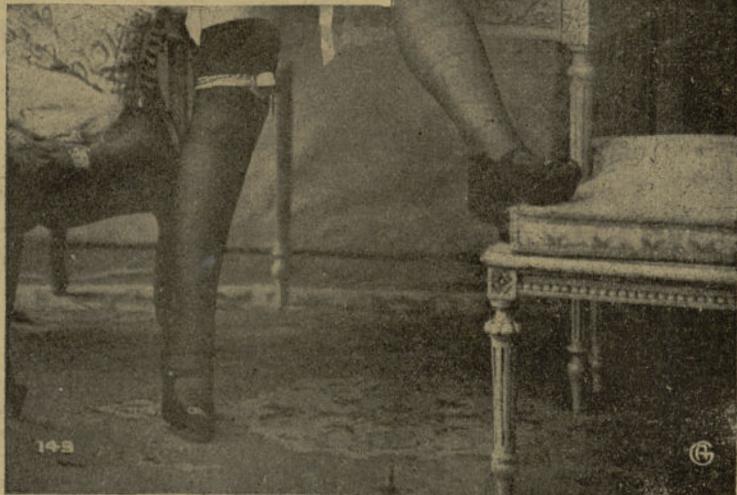
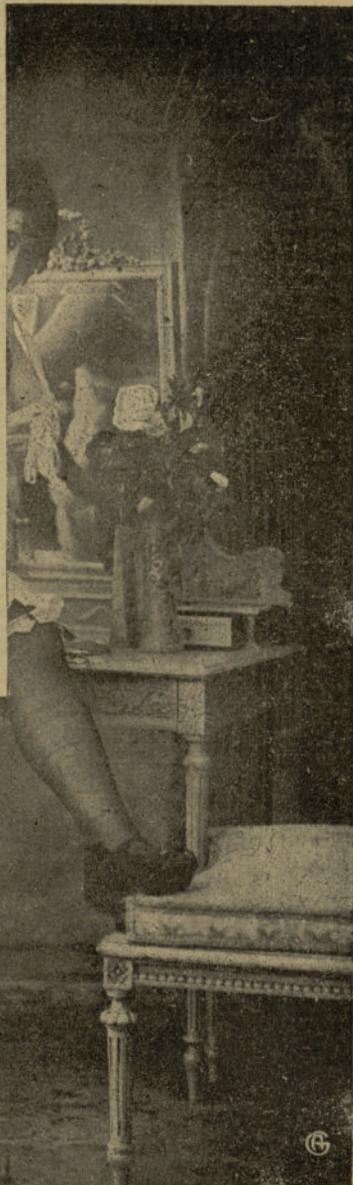
Y yo, maldiciendo de estas parisienses inhospitalarias, no acierto a creer que sea París el centro de la cortesía hecha carne...

¿Por qué ha de ser París?

—¿Por qué París?—las pregunto extrañado.

César Jalón.

París, septiembre 914.



¿DE QUÉ ARTISTA SON ESTAS PIERNAS?

TURBACION

Voy a intentar escribirte,
Celinda de mis pecados,
para decirte por carta
lo que hace tiempo me callo,
pues decírtelo no puedo
cuando me encuentro a tu lado,
porque me da una vergüenza
muy grande cuando te hablo.

EL VIEJO VERDE

Quiero ver si por escrito
puedo ser más descarado
y no mirándote logro
que se me suba el pavo,
y te digo, sin turbarme
lo que de decirte trato...

Mas no puede ser, pues noto
que el pulso me está temblando;
con sólo pensar en tí,
creo que estoy más turbado.

Eduardo Tur.

La ocasión hace al ladrón.

Doña Esperanza frisaba en los cuarenta años, era viuda y se conservaba fresca y guapa: bocado apetitoso para cualquier hombre, por exigente que fuera en la elección de manjares.

De su matrimonio le quedó una hija, llamada Elena, de veinte años a la sazón, ojos azules y muy expresivos, rubia cabellera y buen empaque: una mujer bonita, ideal y enloquecedora.

Madre e hija habitaban un hotelito de

—¡Que la señorita tiene un novio!
—¡Un novio! ¡Yo no sabía nada!
—Yo, sí; pero me encargaron que no dijera una palabra a la señora... ¡Quién había de presumir lo que sucedel...
—Pero, ¿qué es ello?... Acaba, que me tienes en brasas.
—Pues... ¡que el novio y la señorita quieren escaparse juntos esta noche!
—¿Cómo?... ¡Bribona!... ¡Exponerse a perder una proporción magnífica por un pelagatos como será ese amante advenedizo!...
—Diré a usted: el señorito Germán es muy guapo.



Ella.—Me han dicho que es usted un feroz republicano.

El.—¡No, señora; si yo soy monárquico; si yo me vuelvo loco por las testas... coronadas!...

su propiedad, próximo a Jetafe; para su servicio tenían una criada, Petra de nombre, "roma" de entendimiento, fea de cara y abultada de contornos.

Una mañana, cuando aún doña Esperanza no había abandonado el lecho, entró en su alcoba Petra, y con visibles señales de extraña agitación, exclamó:

—¡Ay, señora! ¡Lo que acabo de saber! ¡Qué poca vergüenza de hombres!

—¿Qué ocurre?—preguntó la viuda, incorporándose en la cama y apoyando un codo sobre el almohadón.

—¡Pero no será tan rico como D. Fidell!
—¡Ni tan viejo!
—¡Calle la insolente Celestina! ¡Necesito saberlo todo!... ¡Todo!... ¿Entiendes?

—Es el caso que, como usted tiene tanto empeño en que la señorita cargue con la pensión de ese abuelo que tiene más de sesenta años y no puede ya con la bula, ella, de acuerdo con su novio, que es joven, buen mozo, muy listo, y que la quiere con las veras de su alma, ha resuelto huir esta noche de casa, ir con él a Jetafe y allí, amparados por una tía del señorito, casarse y

EL VIEJO VERDE

dejar al vejestorio con un palmo de narices.

—Y tú, ¿cómo lo has sabido?

—Porque lo han tratado delante de mí, confiando en que yo no diría nada; pero como la cosa es muy grave, se la cuento a usted para que vea la manera de que no se salgan con la suya... ¡Mal fuego en todos los hombres! Quíeralos usted, mímelos usted, y luego, en cuanto nos descuidamos...

¡Si cargara con ellos el demonio, no nos harían sufrir tanto!...

—Sin embargo—replicó doña Esperanza—, no todos son iguales; y para maridos son muy a propósito esos hombres viriles, enérgicos y decididos... ¿Y dices que Germán es joven y guapo?

—Sí, señora.

—Menos mal... Y ¿cuándo quieren escaparse?

—Esta noche, a las doce.

—¡Caminar a esas horas!... ¡El diablo son estos muchachos!... Bueno: conste que nada me has dicho; a la hora de costumbre, te acostarás. Yo diré cuántas son cinco a ese galancete seductor de ella... ¡Ella se casará con el viejo... y le vendrá muy ancho!

Se retiró del dormitorio la criada, saltó doña Esperanza del lecho, se miró al espejo y, como satisfecha de sus físicas perfecciones, lanzó un suspiro y murmuró:

—¡Todavía puedo hacer feliz a un hombre de gusto!...

Nada anormal advirtiéndose en el hotel durante el día... Madre e hija desempeñaron sus quehaceres como de ordinario, pasearon por el campo después de comer y, al dar las nueve de la noche, cada una se retiró a su respectivo dormitorio.

Doña Esperanza, vigilante y precavida, cerró por fuera la habitación de Elena, comunicándola con el exterior.

Después vistióse sus mejores ropas, se adornó con las alhajas más valiosas que poseía, sustituyendo el sombrero por el manto largo y tupido de viuda, echóse el velo a la cara y, sentada junto a una ventana abierta sobre el jardín, esperó.



¿DE QUÉ ARTISTA SON ESTAS PIERNAS?



Juanita (a su muñeca).—¡Qué atrocidad qué pelos; pareces la cocinera cuando vuelve los domingos de pasear con su novio!

Minutos después de las doce vió la viuda que a la parte del camino, frente a la cancela del jardín, se paraba un hombre a caballo; apeóse el desconocido, ató a los hierros las riendas del corcel y, después de examinar la altura del muro, trepó por él con la facilidad de la costumbre y se deslizó sigilosamente dentro del jardín.

Doña Esperanza salió de su alcoba y fuése al encuentro del recién llegado.

Sonaron dos palmadas muy tenues: la cautelosa viuda se acercó al galán con paso vacilante, mostrando vivísima inquietud, y con voz trémula y apagada, preguntó:

—¿Eres tú, Germán?

—Sí... ¡Yo soy, vida mía!

—Calla, que mamá no se ha dormido aún...

—¡Elena!... No hay tiempo que perder; vamos...

—¡Qué vergüenza... y qué escándalo! Luego dirás que no te quiero... ¡bribón!...

—¡Déjame ver tu rostro, vida de mi vida!

—No... ¡Permite a mi rubor que se cubra con este velo!...

—Como quieras, alma de mi alma...

¡Montemos!

—¿Es tranquilo tu caballo?

—¡Como una seda! No te inquiete.

—¿Juras no abusar de esta infeliz que

te adora hasta que nos echen las bendiciones?...

—Si... Vamos, que todo puede perderse en un momento de retraso...

Colocó diestramente el galán a su pareja sobre el caballo, montó él a su vez, y oprimiendo con la mano izquierda la cintura de la dama contra su pecho, con la derecha regía la paciente cabalgadura, que tomó a trote largo el camino de Jetafe.

Media hora después llegaron al pueblo, en donde les esperaba un criado de la tía de Germán, que les condujo a la casa de aquella; allí tenían los tórtolos preparadas dos habitaciones, una frente a otra, y ambas situadas en un estrecho corredor.

Despidiéronse los amantes hasta el día siguiente, lanzando suspiros hondos, mezclados con palabras llenas de ilusión y de cariñosa ternura.

Ni Elena ni Germán pudieron dormir.

Cuando el muchacho se convenció de que la casa permanecía obscura y silenciosa, arriesgóse a cruzar el pasillo y penetrar en la habitación de su adorada.

Esta, que lo sintió llegar a su lecho, hi-

EN EL ESTANCO



Ella.—No se quejará usted del tabaco que le doy.

El parroquiano.—Sí, efectivamente, Rosita: ¡pero está un poco húmedo.

Ella.—¡Anda; pues tengo yo un primo mío que siempre quiere que se lo de chorreando!

zose la dormida; y al percibir las primeras insinuantes caricias de su futuro, fingió despertar, exclamando a media voz con angustiosa sorpresa:

—¿Quién?...

—¡Yo... Germán... no grites!

—¡Dios mío!... ¡Tú aquí!... ¡Y yo sola!... ¡Sin poder defenderme... y a obscuras!...

—Encenderé luz...

—¡Ayl... ¡No, no!... ¡Qué vergüenza!...

Al amanecer, cuando la habitación comenzó a iluminarse tibiamente con los primeros resplandores del alba, los prófugos, ahitos de pasión, se abrazaron, para repetir por centésima vez la serie de caricias a que se entregaran, locos de entusiasmo, durante toda la noche.

Germán dijo con arrebató:

—¡Me has hecho el más feliz de los hombres!... Deja, deja que a la luz de la mañana contemple una vez más tus bellos ojos, tu linda boca, tu hermoso cuello, tu cuerpo escultural...

Y de repente, en el colmo de la sorpresa, variando la entonación de sus palabras, exclamó:

—¡Cielos! ¡Mi suegra!...

—Tu mujer, hijo, tu mujer... ¡Ya no hay remedio!

EL AMIGO DEL DIFUNTO



El.—Ya sabe usted que estoy dispuesto a cumplir la última voluntad del pobre Pepe.

Ella.—¡Gracias amigo mío: se que le prometió usted no separarse ni un momento de mí lado; gracias, y con su permiso me voy a meter en la cama!

El.—Estoy dispuesto a no separarme de usted ni un momento.

EL VIEJO VERDE



No sabemos el nombre de esta mujer; pero ustedes en cuanto se fijen un poco, coincidirán con nosotros en que bien se puede llamar Guapa del Todo.

Y soltando el trapo a reír, añadió:

—La ocasión hace al ladrón... ¡y yo la he aprovechado al pelo!

El chasqueado galán, sin replicar palabra, estampó un beso abrasador en los labios de doña Esperanza...

Aquel beso sentenció a la pobre Elena a viejo perpetuo...

Luis Falcato.

Léanse con interés los anuncios telegráficos de EL VIEJO VERDE: Una peseta las diez primeras palabras; cada palabra más les cuesta a ustedes un sentido.

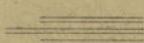
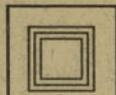
DESPUES DEL BAILE

(MONOLOGO)

(Pepita, mujer aristocrática, entra en su boudoir y arroja displicente el costoso abrigo de pieles.)

—No. Esta noche no necesito sus servicios; puede usted retirarse, María.

¡Gracias a Dios que estoy en casa! ¡Qué tarde es ya! ¡Si el padre Francisco supiera que estuve en el hotel de los Condes, bailando durante toda la noche, menuda reprimenda!... ¡Qué calor hacía en el salón! Es natural. ¡Tantas parejas!... ¡Qué hermoso estaba todo aquello, y la música embriagadora deslizándose en nuestros oídos, haciéndolas llegar al alma, como si dijese: "Déjame pasar, dame franca entrada, que soy el Amor que llega. ¿No me conoces? ¡Soy Cupido! El niño que dicen clava flechas en el corazón... No hagas caso; son frases de poetas. Yo no causo mal a nadie, y menos a ti, que eres tan linda; que tienes unos ojazos que darían envidia a los ángeles; a ti, que no has tenido amores y tu cuerpecito permanece tan virgen como tu alma inocente. ¿Te sonrojas?... Pues estás más bonita así; el carmín de tus labios hace resaltar la blancura de esos diente-cillos celosos que antes, en el "buffet" de la casa de los Condes, mordían el sabroso "babá" que te ofreció el diplomático, quién sabe si para desagraviarte por haber bailado con Matilde, tu rival, la joven que prometió coquetear con Carlos, impidiendo se llegue a declarar a ti..."



COCÓ, ES A



¡Minino, minino, que en este tiempo se suda



da para ganar seis duros para otros zapatos!...

¡Bah! Ese hombre será mi novio. Cuando me mira siento un placer inexplicable; quiere investigar mis secretos con sus ojazos, que relucen como esferas de azabache... y yo bajo los míos y siento calor en el rostro. Quiero que me mire, que me contemple, y cuando lo hace y sus miradas chocan con las mías, no sé qué inexplicable lenguaje habla al alma, prometiendo venturas infinitas y placeres desconocidos... Noche de conquistas ha sido hoy. Porque el Sultán, el del rojo turbante y la media luna sobre aquello que llevaba a la cabeza, parecía preferirme entre todas... Miraba de un modo tan extraño que causó miedo... Todo se le volvía hacerme beber "champagne" y atracarme de brioches... ¿Quién sería ese muchacho?... El más simpático de todos, el de más gracia, ha sido Luis, el torero, echándome flores con un angel... Me dijo: "¡Una mujé así debe sudá agua e colonia!..." Vamos, ¡que ser yo un frasco del... ¡Tiene mucha gracia!... Pero ¿por qué me río?... No sé lo que tengo; me pesa mucho la cabeza; siento calor... (Se levanta y desnuda nerviosamente.) ¡Mis orejitas parecen ascuas!...

(Al quedarse en pantalones y corsé, se contempla delante del espejo del armario.)

¡Qué bonita figura! ¿Por qué no debíamos haber bailado así?... ¡Estoy loca, mucho, pero mucho!...

(Hace ademán de bailar el cancán, levanta bastante las piernas y, avergonzada, termina echándose en una "chaise-longue", donde poco

a poco se despoja de las ligeras prendas de su toilette.)

Aun así siento calor... ¡Maldito "champagne"!... Es un vino que se sube a la cabeza... ¡Fuera esto también, y todo!... (Mirándose al espejo.) Tiene razón mi primo. Una mujer "vestida" así, como yo, nunca pasará de moda... ¡Ja, ja, ja! (Riendo.) (Encarándose con el espejo.) ¿Verdad, señor espejo, que no estoy del todo borracha?... ¿No contestas?... ¡Claro!... Te admiras de verme... Si fueras hombre dirías que mis... pechos son turgentes... mis caderas amplias, de boca ansiosa... La tez de seda... el cabello de ébano... ¡Carlos!... ¡Luis!... ¡Sultán mío!... ¿Verdad que debo... ser muy... voluptuosa?... ¡Ja, ja, ja!...

(La bella prorrumpe en sonoras carcajadas, y, embriagada completamente, cae rodando cerca del balcón, mientras un rayo del sol naciente baña con su luz, poco a poco, la epidermis de la mujer, que ronca con resoplidos de bestia...)

Verdín.

LOS DE CASA



Fot. Alfonso.

CESAR JALON

Este hombre riojano (porque si ustedes no tienen inconveniente, Cesitar es un hombre porque tiene más de veinte años, y es riojano porque ha nacido en la Rioja completamente), es lo más travieso y lo más simpático que hemos conocido en nuestra larga vida de viejos verdes. Tiene la gracia por tonela-

EL TENOR FAVORITO



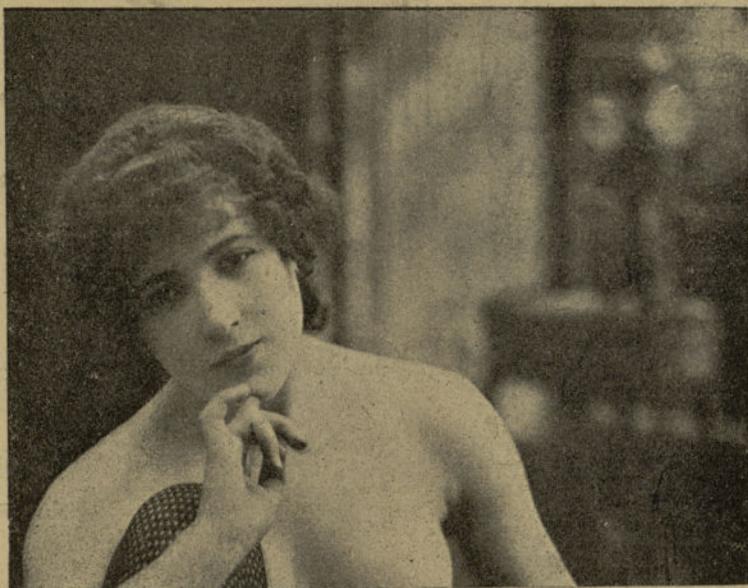
¡Dios mío qué voz; qué manera de vocalizar; parece que le veo cuando me cantaba aquellas cosas a media voz en el antepalco! ¡Qué bien matizaba entonces!

das y una erudición que descompone a esos señores graves que invariablemente empiezan diciendo "es usted muy joven, sino, ya discutiríamos eso". En "El Liberal" le quieren como a un hijo, y él corresponde a ese cariño "¡acudiendo todos los días!" a trabajar. Hemos descubierto que no le gustan las cupletistas, como parecía, sino que este hombre que de todo hace burla, se hacía burla a sí mismo, creyendo que así no se acordaba de "ella", la buena, la que no se pone "maillot" ni lentejuelas, la que le hace ponerse triste (con lo que pierde mucho la figura "gorriato"). En fin, el hombre riojano está ahora que da gusto tratarle; trabaja mucho (que se lo pregunten a D

y ya no dice, como antes, a cada momento, "me molesta la gente "gorriato"; estoy haciendo oposiciones a una bofetada y quiero salirme con la mía". Nosotros le queremos mucho y nos hace gracia sus artículos de entrada.

El número correspondiente
al domingo 27 de septiembre
será nuestro
NUMERO EXTRAORDINARIO

EL VIEJO VERDE



Yo estoy esperando a la modista para que vean ustedes lo elegante que es el traje que me he encargado.

VENCIDA

El (que es un viejo verde, fuerte todavía).—¿Quieres, preciosa? No hay ningún peligro en que te acompañe; tomaremos un helado, ¿quieres?

Ella (una tobillera de las que nos hacen llamar a los guardias con desesperación).—¿No, señor; retírese usted; no quiero!

El.—Te regalaré unos zapatos preciosos.

Ella.—Retírese.

El.—Te daré veinte duros para que des limosnas a los pobres.

Ella.—Retírese.

—El (desesperado).—Te regalaré una caja de polvos Borotal de la farmacia y laboratorio de F. Bellot, Hortaleza, 17.

Ella (bajando los ojos).—¿Como usted quiera!...

LUJURIA

Quiere tu carne, con la mía impura, satisfacer deseos enervantes, y te buscan mis labios anhelantes... ansiosos de besar tanta hermosura!...

Acariciar tu cuerpo de escultura torpemente mis brazos vacilantes, fundiendo nuestros cuerpos palpitantes en un abrazo de sádica ternura.

Tu seno, enardecido y lujurioso, me oprime el pecho con vehemencia insanable... y estrecho, convulsivo... tembloroso... tu adorada materia soberana

EL VIEJO VERDE

entre delirios de un placer fogoso y un espasmo de dicha sobrehumana...!

V. Recarte.

PROPONIENDO UNA BODA



El.—¡Estoy deseando casarme contigo; tengo dos duros ya!

Ella.—¡Ay, hijo; con eso no tiene usted ni para la cama!

CANCIONERO DE
EL VIEJO VERDE

“UNA COSA ES PREDICAR...”

(CANCIÓN)

Creación de Anita Cora, notable artista española.

Música de F. OREJON

I

Ayer me decía
mi amigueta Laura,
con místico acento
la muy... mogigata:

Si te piden besos,
niégalos, que abrasan,
niégalos, que hieren,
niégalos, que matan.

Y al oír a su novio,
con ansia loca,
que quisiera con besos
cuando se ríe
cerrar su boca,
mi amigueta le escuchó
con embeleso,
y acaba casi siempre...
por darle un beso.

Si hay timorata firme,
no sé cuál sea,
pues la que no ha caído
se bambolea.

Y es lo que digo:
predicar es más fácil
que soltar trigo.

II

El marqués de Urales,
muy grave y muy serio,
con dulce palabra
y místico acento,
pregona en discursos
lo inmoral del beso,
y aduce, a su juicio,
razones de peso.

Y al intentar anoche,
con torpe anhelo,
besar a Rosalía,
linda doncella
de ojos de cielo,
la muchacha le dijo
de mal talante:
Parece “usté” un bendito
y es un farsante.

Los viejos timoratos
es evidente
son todos unos... ¡chitof,
lengua, detente.

Y es lo que digo,
predicar es más fácil
que soltar trigo.

Jerónimo Gómez.

Vandel, Fotógrafo.



El último grito en trajes de teatro que lucirán este invierno las elegantes despreocupadas. Como ustedes ven, todo el traje es de piel por todas partes.

Hablando con La Quijano.

—¿Está la señorita Quijano?—preguntamos ante la puerta de un elegantísimo hotel a una doncellita que acudió a nuestra llamada.

—Pasa, "nínchi"—dice desde el jardín la voz fresca y sugestiva de Resurrección—. Estoy debajo de la parra.

Atravesamos varias calles de flores perfumadas y variados colores. Ante la casa hay un pequeño estanque; su pilón nos hace reflexionar.

Los saludos de rúbrica; después la ruego me comunique algo que sea publicable y pueda interesar a los lectores.

La monísima artista dibuja en su cara un pequeño mohín de desagrado y replica:

—¿Qué quieres que te diga? No me gusta; yo quisiera;... ¿para qué voy a engañarte, si no me creerías? Que todos los periódicos se ocuparan de mí a diario; que hablaran de mi arte; ya ves si me gustará esto, que cuando de ello hablan, aun cuando me peguen, me agrada; pero la intimidad, lo que son nuestras afecciones de unos instantes o de una vida, no; de eso no me gusta.

—Sin embargo, Resure, la gente, la nuestra sobre todo, desea, le gusta, saber vuestras cosas. Y como este público es el amo, es el que todo el que vivimos de él hemos llamado nuestro dueño y señor, no hay otro remedio que violentarse.

—Es verdad. Si me hablas en nombre del público, hablaré lo que quieras, estoy dispuesta a todo.

Entonces pensé que el público tiene derecho a algo más que a que se le cuenten las aventuras de estas lindas mujeres.

—¿Qué artista de varietés te parece la mejor?

—Raquel Meller. Creo que en Madrid no hizo un éxito completo; a pesar de ello, no lo dudes, es la soberana.

—Lo mismo creo. Y tú, ¿en qué categoría te colocas?

—No querrás que sea hipócrita, ¿verdad? Pues bien, estoy, según mi criterio, en la primera fila.

—Yo diría que la segunda, después de Raquel I, si no fueras a creer que era galantería o adulación; pero como estas líneas son para el periódico, yo a mis lectores me debo sincero.

—Gracias; toma lo que quieras—y me alargaba el botijo.

—¿Cómo te gustan los hombres?

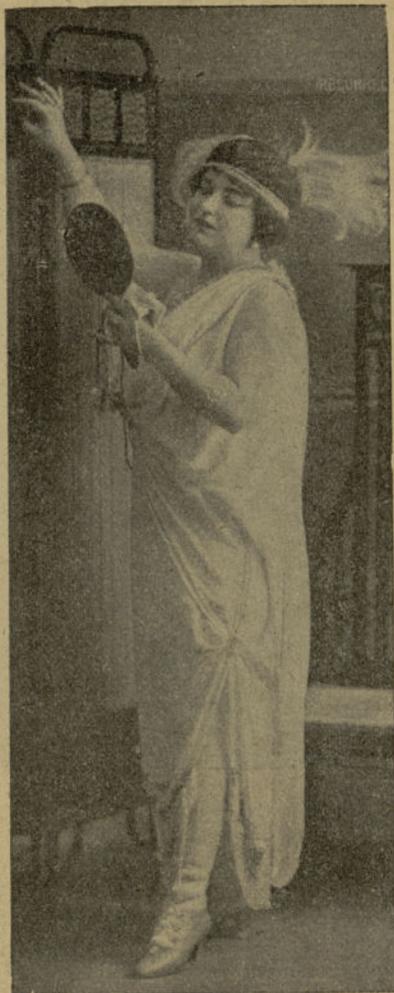
—Siéndolo, como sean.

—Quise decir, ¿cuál es tu tipo?

—No le tengo; mi tipo es el carácter. Con que sean simpáticos, me basta.

—¿Qué nacionalidad prefieres?

—La española en todo y sobre todo—repuso sin dudar un momento.



—¿Qué es lo que más te agrada de este jardín?

Seguramente no transcurrieron dos segundos, clavó su mirada en el estanque y contestó:

—No es por ahí, mi vida. De este jardín me gustan las flores, porque en ellas hacemos el emblema del amor, y éste, eterno o de un momento, es la vida.

No quise preguntar más porque comprendí que no acabaría nunca. Me despedí de la eminente cancionista, cuyo arte fino y delicado admiramos todos, y me marché.

Al despedirse me invitó a un cocido que pensaba dar a unos cuantos íntimos, al que, naturalmente, asistí.

Al salir del hotel de la Quijano pensaba yo en la inmensa felicidad del que tiene mucho dinero.

D. P.

MARIA RUDI



Guapísima cupletista y mujer formidable. ¡Ah! y formidable enemiga del *trust*, porque son (con uno que ha surgido ahora) cinco los periodistas de la Editorial que han perdido la cabeza.

“El club de la alegría,”

En *La taberna de Pepa la frescachona*, establecida en *La calle de la Montera*, número 40, H.-P., se reunieron *La niña de los besos*, *La loca de la casa*, *Las hijas de Venus*, con su encantadora mamá *La Venus moderna*, *Las de Caln* y otras socias de *El club de las solteras*, bajo la presidencia de *La alegre doña Juanita*, a *Las nueve de La noche del sábado* último.

La revoltosa Marina, con *La buena sombra* que tiene *La hija del mar*, hizo ver *Cómo está la sociedad* de fondo por falta de *El maldito dinero*, proponiendo aumentar *El perro chico* de cuota semanal hasta *La perra gorda*, por ser insuficientes *Los intereses creados* por las reunidas, a fin de fundar *La escuela de las cortesanas* donde se pueda establecer *El método Gorritz*, para *La enseñanza libre de Las mujeres* en *Las cosas de la vida* y que *La casa de todos* sea bien arreglada por *El sexo débil*, desde lo concerniente a *La cocina*, y el aseo de *Un cuarto con dos camas* hasta *La canción de cuna*, para acallar a *Los niños llorones* sin ape-

lar a *La azotea*, porque *El señor Joaquín*, *El señor Luis el Tumbón*, *El pollo Tejada*, *El terrible Pérez* y todos *Los hombres que son hombres*, quieren que su *Mujer y reina*, y hasta *La mujer del prójimo*, sepa ser *El ama de la casa*.

Si *Las hijas de Eva*—dijo—aprendemos *Lo que manda Dios*, anularemos *El juramento* hecho por *El trust de los tenorios*, relativo a *La veda del amor*, y hallaremos *La feiz pareja* que todos deseamos, porque *Aquí hase farta un hombre*.

Y a *Las doce y media y sereno* se disolvió el *Congreso feminista* de orden de *El señor Gobernador*, saliendo las congregadas como *Alma de Dios* que lleva *El diablo en coche*.

Eduardo Tur.

A LAS LECTORAS DEL VIEJO VERDE EN ALMERIA

Queridas amiguitas: (¿No me engaáis y resultáis unos amiguitos de esos de “cuidao?”) Lo del extraordinario es absolutamente cierto, preciosas mías, y se pondrá a la venta el día anunciado si no lo impiden razones de fuerza mayor. ¿Estáis conformes?

Siempre a vuestras órdenes,
DEMETRIO

Compre usted los martes

EL FENÓMENO



La madre.—¡Ay que ver como tiene tu marido la cabeza de descuidada; llena de caspa!

La hija.—¡Mamá; hazme el favor de no meterte en si la tiene así o de la otra manera; la tenga como la tenga le quiero!



La nena.—Yo no puedo tener amistad contigo porque eres de la clase baja.

El Pitini.—¡Mira, mira; a mi tú... me vas a tener que pasar un tanto, nos a'molao!

RECETAS CULINARIAS

Almejas al natural.

Se toma un kilo de almejas... Bueno; daré la receta para una sola, porque yo, en cuanto me veo rodeado de almejas, me hago un taco y se me pone la cabeza como el "capot" de cualquier "Bouton" a todo meter.

Para este guiso aconsejo las almejas ce-



El señor empresario que no contrate a Juanito Vande! es un tal y un cual.

La Dirección.

EL VIEJO VERDE

rradas. Huid de las abiertas como del diablo. Las cerradas ofrecen más garantías de frescura y salubridad, aunque de todo hay, como en botica. Se coloca sobre la almeja una buena mata de perejil; el perejil es muy esencial; cuanto más mejor, aunque hay opiniones. A unos les gusta la almeja muy emperejilada y a otros todo lo contrario. Se la acuesta después sobre un lecho de follaje, para evitar que con el calor se pegue, y se pone al fuego. La almeja, ya se sabe, es un marisco completamente inocente e ingenuo, y apenas el calor relaja la poderosa charnela, abre sus conchas deliciosamente, dejando a la vista el ubérrimo fruto. Para apreciar el punto, lo corriente es mojar un objeto cualquiera en la almeja y probarlo; pero como el líquido se enfriaría en el trayecto, yo aconsejo a mis lectores que lo prueben directamente, aplicando la lengua a la misma pulpa de la almeja, y cuando ésta se deshaga en jugo puro de tierna, es cuando está en su punto y cuando a voz en grito está diciendo: ¡comedme! Se sazona o salpimienta. También se puede servir con picadillo de cebolla y perejil, siendo de gran efecto servirla con la guarnición de huevos duros y nabos... duros también.

Fricandó.



¡Vaya, que no me explique cómo teniendo veintiocho años y esta cara y este cuerpo, no haya dejado de ser doncella en esta casa!

Imprenta de "El Mentidero...—Carrera de San Francisco, 13.

15

Alemana diplomada, de treinta años, sabiendo muchas cosas; siempre se coloca bien.

Falta guapísima primera doncella para casa título, sueldo cincuenta pesetas, tiene que moverse bastante porque el marqués es un pelmazo, y preguntarle de vez en cuando, si le hace alguna cosa, ¿le gusta a usted así?

Esta noche marcha mi marido, ¡ay que gusto! Te espero doce y media, entra por el balcón señal convenida, procura no te vea nadie porque a lo mejor les da por creerse cualquier cosa.—Julia.

Dos señoras solas de veintiocho y treinta y dos años, necesitan criado vigoroso que obedezca ciegamente.

Huéspedes por dos pesetas con vino y todo; por la mañana desayuno y cosquillas.

Señora joven le urge aceptar préstamo de caballero; ella se lo irá dando poco a poco.

Señorita casaría viudo con hijos, soltero sin ellos o con casado, le da igual.

Compre usted todos los martes
EL FENÓMENO

GRAN PARQUE DE RECREOS
EL PARAISO

El más céntrico de Madrid, en la calle de Alcalá. Temperatura agradabilísima. Grandes atracciones: *Sports, varietés*, música, fiestas infantiles

BAR Y RESTORAN

EL PARAISO es el punto de reunión de la buena sociedad madrileña durante el verano.

Abierto tarde y noche.

SOCIEDAD ANONIMA DE OMNIBUS

DE
MADRID

SERVICIO DE TRANSPORTES MARÍTIMOS

Esta Sociedad, en combinación con la Compañía Trasatlántica Española, se encarga de expedir desde esta corte toda clase de encargos y mercancías con destino a los puertos visitados por los buques de dicha Compañía en las líneas de Filipinas-Cuba-Méjico-Fernando Poo y Argentina.

Para tarifas y referencias DIRIGIRSE: a las oficinas Centrales, paseo de los Pontones, 2, teléfono 808, o a la Agencia-Sucursal, situada en la calle de Tetuán, núm. 13, teléfono 4.580.

EL VIEJO VERDE

CRÓNICA MUNDANA

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS - DIRECTOR: DEMETRIO

Arte, decencia y galantería :: Chismorreo de salones y saloncillos :: Colaboración de los más notables escritores :: Fotografías de bellezas ::

VENTA

Mano de 25 ejemplares... 0,75 cts.
Número suelto... 0,05 —
Idem atrasado... 0,10 —

SUSCRIPCION

Subscripción en provincias, año. 3 pts.
En el extranjero... 8 —
En Madrid no se admiten subscripciones

ANUNCIOS

Línea del cuerpo 7 en las planas de anuncios... 0,50 cts.
Media plana... 35 ptas.
Plana entera... 70 ptas.
Línea del cuerpo 8 en las páginas de texto... 1,50 —

Descuentos por trimestre, semestre y año - Con grabados y fotografías, precios convencionales.

REDACCION Y ADMINISTRACION: FACTOR 4 - MADRID